

nada, Santiago serán escenarios de controvertidas discusiones sobre la cuestión, con radicales tomas de postura. Hay que tener en cuenta lo que repetidas veces nos advierte Diego Núñez: «Al margen de su específico status científico, el darwinismo llegará con frecuencia a convertirse en un símbolo más de la escisión ideológica del país». Sus implicaciones filosóficas e ideológicas ocupan el último apartado del estudio con numerosas e interesantes notas, como en el resto, que le convierten en un instrumento muy apreciable para profundizar el tema. Acabamos con una observación suya: «Si durante la República nos vamos a encontrar con más de un liberal que... tendrá a gala pasearse con **El origen de las especies** bajo el brazo... unos años más tarde, en plena guerra civil, no faltarán... quienes pasen más de un susto a causa de sus conocidas simpatías darwinianas tras la guerra... habrá que esperar a los años 60 para encontrar de nuevo ediciones castellanas de las obras de Darwin» (8).

Completa el libro una bibliografía y cronología del darwinismo en España (1859-1900) y un índice de autores y materias.

En suma, una valiosa aportación, tanto en el campo de la historia general como en el de la ciencia y el pensamiento. ■ **MARIA FERNANDA MANCEBO.**

(8) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 43.

BOLIVIA: DEL NACIONALISMO A LA POLITICA DEL GOLPE

La exaltación del nacionalismo en la campaña electoral boliviana de 1978 y ciertas declaraciones atribuyendo al subdesarrollo el origen de los problemas del país, confieren actualidad al libro que aquí comentamos (1). En el volumen se recogen distintos trabajos, y, debe anotarse, que aunque no siempre resulta acertado reunir artículos escritos inicialmente para diversas publicaciones, la obra mantiene unidad, precisamente, por tra-

(1) José Ortega, *Aspectos del nacimiento del nacionalismo boliviano*. Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas.

tarse de una serie de textos cuyo núcleo temático es el fenómeno —históricamente aleccionante— del nacionalismo boliviano. El autor agrupa, en los tres primeros capítulos, otros tantos ensayos dirigidos a propiciar un esclarecimiento del origen y evolución de los esfuerzos destinados a forjar una conciencia de identidad nacional. Una valoración de las figuras consulares en esta etapa significativa pasa por el estudio de las ideas y la acción de Sergio Almaraz Paz, de relevante papel en los sectores marxistas de la nación andina.

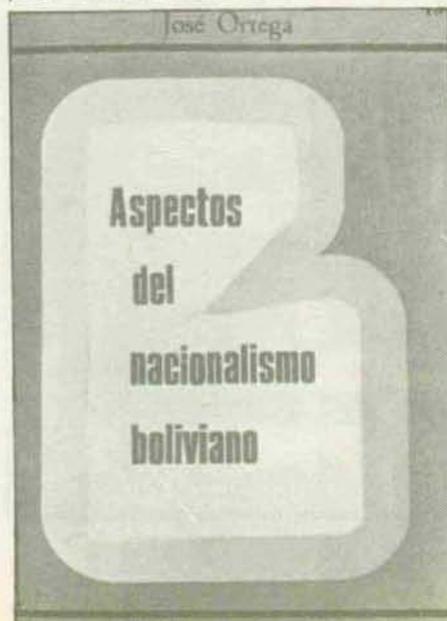
La consolidación de la idea de nacionalidad ha encontrado en Bolivia, como en otros países de Hispanoamérica, oposiciones de variado signo que se correspondieron con diversos aspectos del proceso histórico de su comunidad. En el caso boliviano, los factores más adversos han sido el cercenamiento de su territorio por países limítrofes y la postergación de las aspiraciones de amplios sectores de la población por la existencia de intereses económicos y políticos que, generalmente, actuaron en sentido contrario a la integración nacional. Muchos son los países de América del Sur que comenzaron a transitar los senderos de la afirmación nacional en la década de los ochenta del siglo pasado. Esta labor, formulada como tarea consciente por los sectores ilustrados de las clases dirigentes, surge en fechas considerablemente tardías lo que se ha explicado, en muchos casos, señalando la existencia de elementos de inestabilidad, como las facciones caudillescas que lograron dislocar con repetida eficacia los mecanismos de poder y decisión que establecían los gobiernos. El problema de Bolivia, con todo, se

encuentra revestido de facetas muy peculiares.

Una oligarquía que controlaba las decisiones políticas, desatendía todos aquellos problemas que afectaban al país a largo plazo, pero en los que no se ponían en juego sus intereses personales. Es así que se fueron produciendo sucesivas amputaciones territoriales, y la salida al mar, asunto vital y fuente de graves conflictos en la política exterior del país, llegó a convertirse en una esperanza cada vez más tenue. Nada de esto era resultante de la acción de una sola fuerza. Junto a la oligarquía local actuaban los intereses de las compañías extranjeras y, entre todos, aceleraron la marginación del indio y tornaron más dura su explotación.

El autor repasa, sucintamente, los antecedentes del nacionalismo boliviano, desde las teorías importadas de Europa por los sectores ilustrados atentos a las doctrinas más recibidas en el viejo continente, hasta aproximarnos al planteo de diversas tesis en las que pensadores hispanoamericanos desarrollaban sus ideas creyendo encontrar el fundamento de una nacionalidad en la raza, el clima, el factor geográfico, los valores típicos del altiplano, etc. Una explicación del momento en que —según José Ortega— hace su aparición en escena el «legítimo nacionalismo boliviano» exige la consideración de los antecedentes históricos, intereses económicos y complicaciones fronterizas que conllevan a la Guerra del Chaco, hasta llegar a la revolución de 1952: «La frustración, el desengaño y el deseo de crear una nueva Bolivia llevó a la joven oficialidad de la guerra, la pequeña burguesía y la minoría intelectual a formar un frente contra los viejos oficiales responsables de la derrota del Chaco, así como a la revalorización de las ideas e instituciones que habían resultado inoperantes durante la crisis de la guerra, la cual unió de una forma vaga e idealista a estos grupos bajo doctrinas socialistas e izquierdistas —iniciadas en la preguerra por Tristán Marof— en una aspiración nacionalista, que habría de culminar con la revolución de 1952».

Esta revolución estaba integrada por grupos de *disímil consideración política*, unificados bajo una enseña: la del nacionalismo. Contó con la participación de mineros, campesinos, proletariado urbano y pequeña bur-



guesía, así como con el apoyo de intelectuales. Paz Estensoro pudo propiciar entonces la formación del M. N. R. Una serie de medidas económicas y sociales: universalización del derecho al voto, redistribución de tierras, nacionalización de minas, incentivos de la faz educativa, fueron los pasos inmediatos del gobierno revolucionario. Los periodos de Paz Estensoro (1952-1956) y de Hernán Siles (1956-1960) lograron, afirma nuestro autor, mantener cierto equilibrio político en el interior del Movimiento, pero no sin inclinarse paulatinamente hacia la derecha como consecuencia, fundamentalmente, de su apoyo a la constante progresión de las inversiones norteamericanas en la economía del país. Esta tendencia condujo a medidas represivas contra la izquierda —especialmente dirigidas hacia el sector minero, cuyo sindicato estaba liderado por Juan Lechin— y, en consecuencia, a la búsqueda de respaldo en el ejército. El proceso se vio acelerado por la caída de los precios del estaño, uno de los pilares en la colocación de materia prima boliviana, y desencadenó la crisis final del movimiento encabezado por Paz Estensoro. Los continuos llamados a la intervención de las Fuerzas Armadas posibilitaron el protagonismo de Barrientos en 1964, encabezando un golpe militar que significó —señala Ortega— una «verdadera contrarrevolución» y, en consecuencia, el punto de retroceso para los objetivos nacionalistas perseguidos por las administraciones anteriores. La muerte de Barrientos Ortuño, en 1969, lleva a la cúspide del gobierno al general Ovando Candia, ex colaborador del primero y personaje que había permanecido en un discreto segundo plano durante tres presidencias: Paz Estensoro, Barrientos y Siles. Ovando oscilará entre la represión interna y la nacionalización de empresas (como en el caso de la iniciada a los bienes de la Gulf Oil) y será, finalmente, destituido por un nuevo golpe militar, que lleva al poder al general Juan J. Torres, como resultado del propunciamiento de Miraflores. Se abre, en este momento, un periodo de matices populistas, con un ensayo de aglutinar las fuerzas populares y el ejército en una causa común —según declara su conductor en discursos oficiales— para acabar con la dependencia del pueblo boliviano. Los posibles resultados de este intento se vieron

pronto retaceados, ya que las fuerzas conservadoras, alarmadas, gestaron un nuevo y sangriento levantamiento militar, que, el 21 de agosto de 1971, culminó en la caída de Torres y el ascenso del coronel Hugo Bánzer a la presidencia de Bolivia. Los dos capítulos finales nos introducen en el seguimiento de las huellas dejadas por el nacionalismo en la novela y el ensayo bolivianos. Se trata de un tema rico en sugerencias y de escasa difusión, excepto para los especialistas, que se nos ofrece aquí en toda su complejidad cultural y sociológica, contribuyendo a incrementar la importancia del aporte que configura este volumen. Una obra que, aunque no exenta del tono polémico que encierra toda toma de posición política, coadyuva a la mejor interpretación del momento histórico, abriendo camino a una nueva crisis, que vive Bolivia en la actualidad.

■ NELSON MARTINEZ DIAZ.

«DIALOGOS CONMIGO MISMO»

El embajador e ilustre jurista Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate creo es un caso algo especial en el mundo político español: fue director general de los Registros y Notario del Ministerio de Justicia del Gobierno Provisional de la II República; embajador de Franco en Estados Unidos y el Vaticano; y Ministro de Justicia en el primer gabinete de la Monarquía actual. No obstante, nadie le ha recriminado su pasado republicano ni su colaboración franquista. Esto en sí es un tanto a su favor y nos muestra el espíritu liberal y demócrata de sus ideales puestos al servicio de su país.

Garrigues acaba de publicar un libro (Editorial Planeta, Barcelona, 1978, 217 págs.) que es una breve narración autobiográfica en la que nos hace un balance de su vida, sus ideas y creencias, y nos da algunas revelaciones sobre su actuación como embajador y como ministro del primer gobierno de la Monarquía; equivoca a su familia, su vocación por la abogacía, el primer cargo público que desempeña durante la República, con retratos y recuerdos como los de García Lorca, Sánchez Mejías, Bergamín, José Antonio, Pablo VI, Fraga, Arelliza, Suárez, Arias Navarro, John F. Kennedy, el matrimonio Onassis y el propio rey Juan Carlos.

ANTONIO GARRIGUES y DÍAZ-CAÑABATE Diálogos conmigo mismo

Un testimonio de quien ha sido sucesivamente
director general de los Registros (1937), embajador
por Franco (1962) y ministro de la Monarquía (1978).



Asimismo, nos presenta algunos pasajes sobre la guerra civil española y su colaboración con la Falange clandestina y su conocimiento en Madrid de Jor Kennedy, hermano del que fue presidente norteamericano.

«Diálogos conmigo mismo» es, en resumen, un desfile de personajes y de situaciones conocidas y vividas por el autor, quien al propio tiempo nos descubre a través de estos diálogos íntimos los repliegues de su personalidad. Pero, al terminar su lectura quedamos algo defraudados, ya que por su personalidad, sus conocimientos y cargos ocupados en la vida pública española, se esperaba algo más consistente e interesante. La aportación a la historia de nuestro país de este texto es más bien escasa y casi sin ningún interés. Garrigues todavía nos debe unas auténticas memorias, que a no dudar estará preparando. Estamos seguros que por su incidencia en la política de nuestro país durante cerca de cincuenta años, existen muchos pasajes de indudable interés que el ilustre jurista no nos ha querido narrar en estas doscientas páginas escasas del libro citado.

Garrigues es consciente —y así lo ha declarado— que un hombre que ha desempeñado cargos públicos tiene la obligación de dar cuenta de sí mismo y de su obra, y dar cuenta es aceptar una responsabilidad. Hay que responder de aquello que no es propio; una función pública se debe hacer para otros, no para uno mismo, y hay que comparecer ante aquellos a quienes se ha servido. Y el resultado final de este texto no responde a lo que se esperaba de la figura de Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate. No dudamos que pronto va a responder a esta exigencia moral y, a la vez, histórica. ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.